Fronteras nuevas y fronteras viejas en la historiografía colonial

Brian F. Connaughton

Resumen

El artículo se ocupa de algunas de las corrientes historiográficas que han transformado nuestra comprensión de la época colonial, sugiriendo que pueden considerarse virtuales fronteras heurísticas. Enfatiza avances en la historia social que parten de la noción de una hegemonía disputada para realizar sus abordajes. Luego extiende su visión hacia la historia económica y política, así como tareas pendientes.

De la historia institucional a la historia social

Hace treinta años la historiografía no había acabado de hacer la transición de sus bases más apreciables en los análisis de las instituciones coloniales de origen hispánico, a un franco abordaje de una plástica historia social. La noción de "cultura colonial" aún se refería mayormente a las normas culturales traídas de ultramar.[1] La reconstrucción de las glorias de las culturas y civilizaciones prehispánicas se detenía respetuosa y ominosamente a fines del siglo XV o principios del XVI, anticipando —quizá en actitud de luto— la debacle por venir. Apenas salían de la imprenta los primeros libros de Charles Gibson y Miguel León-Portilla que, mientras aparentaban confirmar los motivos para la consternación que se sentía sobre la época colonial, alteraban matizadamente nuestras expectativas e introducían variables que

[1] Mariano Picón-Salas, *De la conquista a la independencia*, México, FCE, 1969.

estaban destinadas a cambiar radicalmente la visión de lo que fue la experiencia colonial en América Latina.[2]

Desde luego, había precursores de muchas nacionalidades. Silvio Zavala estiraba la historia institucional en la dirección que ha culminado con sus diestros manejos de la situación laboral indígena durante el periodo.[3] Richard Konetzke nos insistía en la riqueza de documentación asequible para historiar casi cualquier aspecto de subordinación de indígenas y castas en la época.[4] Historiadores como Mario Góngora, Richard Morse, y John Leddy Phelan encontraron que los estudios institucionales los obligaban a un esfuerzo de re-conceptualización de todo el periodo bajo estudio. En la historiografía de la institución de la esclavitud, se pasó de manera casi natural de los análisis normativos de un Frank Tannenbaum, hacia el estudio de la práctica real, y por ende la historiografía social, en manos de Herbert Klein, Rolando Mellafe, y Frederick Bowser.[5] Pero la aportación dominante de los años sesenta y principios de los setenta fue sobre todo la historiografía económica.

De las instituciones jurídico-administrativas se pasó a las instituciones del dominio económico. Nadie dudaba todavía de que la conquista española hubiese logrado sus propósitos; fue sólo que la causalidad histórica de orden extra-económico estaba siendo sometida a un serio cuestionamiento. Nuevamente, con dignos precedentes en la obra de François Chevalier, Konetzke, Haring, Ots Capdequí, Lohmann Villena y otros, los historiadores de los sesenta y setenta abordaron la vida de la hacienda, plantaciones y ranchos, de las minas, de los gremios y obrajes, del comercio y de los diver-

[2] Charles Gibson, *Tlaxcala in the Sixteenth Century*, New Haven, Connecticut, 1952; y *Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810*, México, Siglo xxi, 1967 (publicado originalmente en 1964); Miguel León Portilla, *Visión de los vencidos*, México, UNAM, 1959.

[3] Silvio Zavala, *La encomienda indiana*, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1935; *De encomiendas y propiedad territorial en algunas regiones de la América española*, México, 1940; *Estudios Indianos*, México, El Colegio Nacional, 1948; *El servicio personal de los indios en la Nueva España*, México, El Colegio de México/ El Colegio Nacional, 1984-1989, 5 tomos; Silvio Zavala y María Castelo, *Fuentes para la historia del trabajo en Nueva España*, México, FCE, 1939-1946, 8 tomos; Silvio Zavala y José Miranda, "Instituciones indígenas en la colonia", en Alfonso Caso, *et al.*, *La política indigenista en México, métodos y resultados*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1981, tomo 1, pp. 45-206.

[4] Richard Konetzke, *Colección de documentos para la historia de la formación social de Hispanoamérica 1493-1810*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1953, 3 vols.; "La ordenanza de gremios como documentos para la historia social de Hispanoamérica durante la época colonial", *Revista Internacional de Sociología*, núm. 18, 1947, pp. 421-449.

[5] Frederick P. Bowser, "The African in Colonial Spanish America: Reflections on Research Achievements and Priorities", *LARR*, vol. VII, núm. 1, Albuquerque, University of New Mexico, 1972, pp. 77-94.

sos sistemas de encuadramiento de productores y consumidores de la América colonial para cumplir con la expectativa de sus mandones.[6] Los logros fueron impresionantes, al grado de hacernos soñar con una visión definitiva de la maquinaria de explotación que produjo la obra de Iberia en el Nuevo Mundo. Cuando se publicó en México *El sistema de economía colonial, el mercado interior, regiones y espacio económico* (México, Editorial Nueva Imagen, 1983), de Carlos Sempat Assadourian, diez años después de *Historia del capitalismo en México. Los orígenes 1521-1763* (México, Era, 1973), de Enrique Semo, parecía por un momento que se llegaba a una magna síntesis sobre la operación del aparato de dominio.[7]

La historia social en circunstancias de hegemonía incompleta

Pero ya, desde los años setenta particularmente, hacía su eclosión una historiografía que desmontaba más que nunca el carácter monolítico de los ibéricos conquistadores y colonizadores. Cuando James Lockhart publicaba su "The Social History of Colonial Latin America: Evolution and Potential" (Latin American Historical Review, 7, 6-46) en 1972, tenía todavía tintes de una voz disidente y propositiva dentro de una historiografía de ascendiente económico. Además, su propio trabajo y los de otros historiadores sociales recaía primordialmente en los españoles en América, cuyo

[6] François Chevalier, *La formación de los latifundios en México*, México, FCE, 1976 (originalmente publicado en francés en 1953); J. M. Ots Capdequí, *España en América. El régimen de tierras en la época colonial*, México, FCE, 1959; C. H. Haring, *Trade and Navigation between Spain and the Indies in the Time of the Hapsburgs*, Cambridge, Mass., 1918; y "American Gold and Silver Production in the First Half of the Sixteenth Century", *Quarterly Journal of Economics*, vol. XXIX, pp. 433-474; Guillermo Lohmann Villena, *Las minas de Huancavelica en los siglos XVI y XVII*, Sevilla, 1949; Luis Chávez Orozco, *El obraje, embrión de la fábrica*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1936; Manuel Carrera Stampa, "The Evolution of Weights and Measures in New Spain", *Hispanic American Historical Review*, vol. XXIX, núm. 1, febrero, 1949, pp. 2-24; "Las ferias novohispanas", *Historia Mexicana*, III, enero-marzo, 1953; *Los gremios mexicanos. La organización gremial en Nueva España 1521-1861*, México, Ibero Americana de Publicaciones, 1954; y "El obraje novohispano", en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, XX, abril-junio 1961, pp. 148-171.

[7] Desde luego había tensiones importantes en ambas obras. Mientras Semo condenaba duramente el periodo pero rescataba sus aspectos de superación tecnológica y productiva, Assadourian recalcaba la parte constructiva de un espacio mercantil interno en los Andes, con sus fuertes características transformacionales. Paralelamente, no quedaba muy claro, en la obra de Assadourian, hasta donde llegaban las fuerzas de mercado que el veía accionando al conjunto económico alrededor de la minería. Piénsese también en otras obras que hacían antojar una pronta síntesis, como Enrique Florescano (coord.), *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*, Simposio de Roma, organizado por CLACSO, México, Siglo XXI, 1980; y Elsa Cecilia Frost, *et al.*, (comps.), *El trabajo y los trabajadores en la historia de México*, México, El Colegio de México/University of Arizona Press, 1979.

comportamiento pretendían desmitificar y explicar.[8] Luego, poco a poco, empezaron a precisarse los puntos en que el dominio ibérico hallaba sus fronteras en las supervivencias indígenas, así como en la sorprendente y compleja afirmación de negros, mulatos y mestizos.[9]

De este modo la lucha, más bien sorda que cruenta, constante a través de un largo tiempo, más allá de batallas de conquista o colonizaciones triunfantes, se enraizaba en la literatura historiográfica sobre la colonia. De allí la difícil y azarosa, pero finalmente exitosa, aparición de una historiografía sobre la vivencia de grandes conjuntos de población no española, y de su reproducción física, social, económica y cultural. Así, resultó una nueva frontera de la historia colonial que puede denominarse en sentido lato "etnohistoria". Esta vertiente, en sus aportes propios y su enriquecimiento de otras vertientes de la historiografía colonial, que se siguen cultivando, promete ofrecernos una visión más completa que jamás antes, de la vivencia y el carácter fundacional que tuvo el estira y afloja de la colonia para la experiencia postcolonial.

Las fronteras internas al dominio colonial, se han vuelto a su vez la frontera para acoplar el análisis histórico de la colonia a la gran variedad de vivencias postcoloniales. En vez de simple lastre con el cual carga la vida republicana, la colonia se vuelve un trasfondo y semillero de modalidades de supervivencia y de hegemonías incompletas que se proyectan con fuerza y vitalidad, no menos que con variables grados de legitimidad. La cultura de América Latina, entendida en un sentido enriquecido por la antropología, adquiere dimensiones de larga duración que influyen los análisis de lo económico, lo religioso, lo social, lo político. Por ello, la Independencia, en vez de verse como un momento de apoteosis, se concibe cada vez más en términos de una significativa coyuntura de inflexión, que no erradica una vivencia variada y plástica que se había formado a lo largo de trescientos años.[10]

[8] James Lockhart, *Spanish Peru, 1532-1560*, Madison, Wis., 1968; y *The Men of Cajamarca: A Social and Biographical Study of the First Conquerors of Peru*, Austin, Texas, 1972. Es interesante notar que cuando se editó en México bajo la coordinación de Enrique Florescano una obra de bibliografía histórica, las obras de historia social se asumieron como obras de historia económica. Mismo autor, *La historia económica en América Latina*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972, 2 vols. (Sepsetentas: 37 y 47).

[9] Sería importante recalcar aquí que el trabajo de Lockhart, que inició con sus estudios sobre los españoles en América, continuó con una profundización creciente sobre los nahuas en México.

[10] Brian R. Hamnett, *Raíces de la insurgencia en México. Historia regional 1750-1824*, México, FCE, 1990.

UNA NUEVA HISTORIA URBANA

Cabe contemplar en este sentido la evolución del estudio de las ciudades de la América colonial, mismas que alguna vez se concibieron como las máximas sedes de los logros y el poder en la América española.[11] Partiendo de una vida que se antoja híbrida, entre historia institucional e historia social, se realizó un intento serio y sostenido por ampliar sus horizontes, no sólo en la pormenorización de la dinámica al interior de determinados grupos citadinos, sino en el detalle de la interacción de éstos entre sí y con sectores socio-económicos más allá de sus marcos institucionales o sus confines inmediatos. De esta manera, el análisis de la historia urbana en la época colonial se flexibilizó en su conceptualización de la naturaleza, la cotidianeidad y la proyección de la vida citadina, y la ha hecho más susceptible de abordarse desde otros ángulos de la práctica historiográfica.[12] El intento de conceptualizar la vida urbana de manera más plástica, en términos de sus redes económicas, sus expresiones étnicas, sus vínculos familiares, las prácticas culturales y el esfuerzo de control social, dio lugar a una importante publicación colectiva reciente, emanada de la *VII Reunión de Historiadores Mexicanos Norteamericanos*.[13]

FAMILIA Y SEXUALIDAD

La búsqueda de un espacio de interacción social más cálido para el análisis de las orientaciones y contradicciones de una sociedad compleja, ha dado lugar a un fomento notable: la historia sobre la familia y la sexualidad. Como lugar donde confluían las pretensiones del Estado, la Iglesia, los grupos y los individuos, el nexo sexual y eventualmente familiar, se presta para una profundización en los mecanismos consuetudinarios y los letargos, así como las movilidades de la sociedad colonial. Igual que la historia urbana —y de manera quizá más íntima— permite hurgar en las articulaciones mismas que unían y desunían las partes de un todo.[14]

[11] Fred Bronner, "Urban Society in Colonial Spanish America: Research Trends", *LARR*, vol. XXI, núm. 1, Albuquerque, New Mexico, 1986, pp. 7-71.

[12] Louisa S. Hoberman y Susan M. Socolow (comps.), *Ciudades y sociedad en Latinoamérica colonial*, México, FCE, 1993.

[13] *La ciudad y el campo en la historia de México*, en Memoria de la VII Reunión de Historiadores Mexicanos Norteamericanos, México, UNAM, 1992, 2 vols.

[14] Asunción Lavrin (coord.), *Sexualidad y matrimonio en la América hispánica, siglos* XVI-XVIII, México,

Personajes y temas de nuevo perfil

Sin duda, los grandes personajes nuevos de la historiografía colonial son los que habían sido relegados hasta no hace mucho tiempo. Esto es cierto para los promotores de la ciencia y la tecnología, y las mujeres, pero lo es más para los grandes sectores subordinados de una sociedad multiétnica.[15] Las utopías populares empiezan a configurar un género prometedor. En el Perú, particularmente, ha habido un adelanto importante en la delineación de la utopía incaica como vehículo de expresión de las angustias y los anhelos de la población objeto de la conquista y colonización. El fuerte elemento etnográfico en este esfuerzo, hace que los autores pasen con gran agilidad entre el lejano pasado de la colonia y las vivencias actuales, con especial referencia a las fiestas y el arte popular.[16]

También ha iniciado un cambio en la gran temática del mestizaje. No hace muchos años que Magnus Mörner ofrecía la óptica más rica sobre el mestizaje. Si bien demostraba una preocupación quizá excesiva con los aspectos raciales del proceso, pudo llevar su análisis a una ubicación convincente dentro de las grandes mudanzas socio-económicas del siglo XVII. Así distinguía plausiblemente entre una etapa cuantitativamente limitada de mestizaje, si bien cualitativamente significativa, y una etapa posterior de masificación del fenómeno como parte de dichos cambios.[17] A sus estudios

CONACA/Grijalbo, 1991; "Familia, matrimonio y sexualidad en Nueva España", en *Familia y sexualidad en Nueva España. Memoria del Primer Simposio de Historia de las Mentalidades*, México, Secretaría de Educación Pública/FCE, 1982 (SEP 80: 41); Patricia Seed, *Amar, honrar y obedecer en el México colonial. Conflictos en torno a la elección matrimonial, 1574-1821*, México, CONACA/Alianza Editorial, 1991 (Los Noventa); *Familia y poder en Nueva España. Memoria del Tercer Simposio de Historia de las Mentalidades*, México, INAH, 1991.

[15] El gran promotor del estudio de la ciencia y la tecnología en la época colonial, ha sido Elías Trabulse, en obras como: "Un científico mexicano del siglo XVII: fray Diego de Rodríguez y su obra", *Historia Mexicana*, vol. XVI, julio-septiembre, 1974; *Ciencia y religión en el siglo* XVII, México, El Colegio de México, 1974; e *Historia de la ciencia en México*, México, CONACyT/FCE, 1983, 6 vols. Sobre la historia de la mujer en la época colonial: K. Lynn Stoner, "Directions in Latin American Women's History, 1977-1984", *LARR*, vol. XXII, núm. 2, Albuquerque, University of New Mexico, 1987, pp. 101-134; y June Nash, "A Decade of Research of Women in Latin America", en June Nash and Helen Safa (eds.), *Women and Change in Latin America*, South Hadley, MA, Bergin y Garvey, 1986, pp. 3-21.

[16] Manuel Burga, *Nacimiento de una utopía: muerte y resurrección de los incas*, Lima, Instituto de Apoyo Agrario, 1988; Alberto Flores Galindo, *Buscando un Inca: identidad y utopía en los Andes*, Lima, 1988 (La Habana, 1986); Luis Millones, *Actores de altura. Ensayos sobre el teatro popular andino*, Lima, Editorial Horizonte, 1992; (comp.), *El retorno de las huacas*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1990; e *Historia y poder en los Andes Centrales (desde los orígenes al siglo* XVII), Madrid, Alianza Editorial, 1987.

[17] Magnus Mörner, *Estado, razas y cambio social en la Hispanoamérica colonial*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974 (Sepsetentas; 128); (comp.), *El mestizaje en la historia de Iberoamérica*, México, 1961; *Race Mixture in the History of Latin America*, Boston Little, Brown and Co., 1967.

siguieron otros de demografía histórica que mostraban fehacientemente los avances y limitaciones de este fenómeno a partir de los registros parroquiales.[18] Ahora el mestizo empieza a ser objeto de análisis de historia social que lo revelan como intermediario complejo entre la sociedad española y las poblaciones indígenas. En vez de ser enfocado a partir de su composición racial o sus números relativos únicamente, el mestizo comienza a ser visto en función de su intermediación entre dos sociedades. Como sujeto histórico en su propio derecho, y bregando por salir adelante con base en un astuto manejo de los recursos de todo tipo que ofrecen las sociedades matrices de españoles e indígenas, el mestizo sirve a la vez que se sirve de las sociedades que le dan origen.[19]

En forma similar, el mulato y el negro han comenzado a ser comprendidos como pobladores de una frontera inédita, en donde su acción más eficaz para adelantar sus propias opciones sociales correspondían sobre todo a las áreas limítrofes o contradictorias de la sociedad española dominante. Los mulatos y negros libres lucen de especial importancia por su gama más amplia de opciones históricas, pero no faltan los análisis de sujetos esclavos de índole similar, y a veces no menos arrojo.[20] De este modo, el mestizaje se incorpora a una nueva etnohistoria donde las luchas de posición, el poder y la cultura —en un sentido antropológico— figuran de manera importante.

Un abordaje innovador sobre el indígena

Un renglón aparte merecen los estudios que ha realizado o auspiciado James Lockhart, ya que siguen sacudiendo nuestra comprensión de las sociedades indígenas en el periodo colonial. Lockhart ha introducido un cierto purismo al insistir en historiar a dichas sociedades con base en la documentación que ha sobrevivido en sus propias lenguas, y de acuerdo con las cate-

[18] Elsa Malvido y Miguel Ángel Cuenya (comps.), *Demografía histórica de México: siglos* XVI-XIX, México, Instituto Mora/UAM, 1993.

[19] Luis Miguel Glave y María Isabel Remy, *Estructura agraria y vida rural en una región andina: Ollantaytambo entre los siglos* XVI-XIX, Cusco, Centro de Estudios Rurales Andinos "Bartolomé de las Casas", 1983, pp. 1-180; y Manuel Burga, *op. cit.*, pp. 232-400, quien hace un análisis mucho más cultural del proceso, como fenómeno visto desde adentro de las comunidades indígenas.

[20] David G. Sweet y Gary B. Nash (comps.), *Lucha por la supervivencia en la América colonial*, México, FCE, 1987; y Brígida von Mentz, *Pueblos de indios, mulatos y mestizos, 1770-1870*, México, Ediciones de la Casa Chata/CIESAS, 1988.

gorías de valores prevalecientes en estas sociedades.[21] Mientras esta orientación parecería, de entrada, capaz de llevarnos a una vivencia histórica radicalmente separada de las experiencias de los demás grupos coloniales, los hallazgos hasta la fecha indican una situación compleja, mas no de diferencias ontológicas insalvables.

Lockhart argumenta la necesidad de tomar en serio las muchas similitudes entre la cultura náhuatl y la cultura española. Ambas culturas, es cierto, hicieron su mejor esfuerzo por mantener su entereza propia, empezando con su férreo apego a la lengua y extendiéndose a un conjunto de valores importantes. Sin embargo, al tocarla en múltiples puntos a través de la interacción social, la cultura indígena se modifica "desde adentro", reconstituyéndose —para perpetuarse— cada vez con más elementos allegados que proceden del bagaje cultural, tecnológico y lingüístico que halla en su derredor. Como lo demuestran otros autores, esta dinámica afecta al conjunto de la sociedad, y patrones indígenas de comportamiento se proyectan sobre los no-indígenas, a la vez que la sociedad criolla se revitaliza, en el caso mexicano, mediante la promoción de un culto guadalupano que muda el simbolismo del mundo hispánico.[22] En múltiples puntos la obra impulsada por Lockhart toca bases comunes con los estudiosos de la "utopía andina", y será importante hacer una comparación detallada.

El espacio compartido y la apropiación de valores

Dentro de toda esta dinámica, se ha hecho énfasis en las matizaciones y transformaciones de los valores impuestos, que, nadie duda, jugaban un papel relevante. Las luchas en torno a las autonomías relativas mantenidas por las comunidades indígenas y otros grupos e individuos subalternos su

[21] James Lockhart, "Charles Gibson y la etnohistoria del centro de México colonial", *Historias*, núm. 20, México, INAH, abril-septiembre, 1988, pp. 25-47; "Los nahuas después de la conquista", *Historias*, núm. 28, México, INAH, abril-septiembre, 1992, pp. 29-46; *Nahuas and Spaniards. Postconquest Central Mexican History and Philology*, Stanford, Stanford University Press, 1991; *The Nahuas after the conquest. A Social and Cultural History of the Indians of Central México, Sixteenth Through Eighteenth Centuries*, Stanford, Stanford University Press, 1992.

[22] James Lockhart, "Españoles entre indios: Toluca a fines del siglo xvi", en Manuel Miño Grijalva (comp.), *Haciendas, pueblos y comunidades. Los valles de México y Toluca entre 1530 y 1916*, México, CONACA, 1991, pp. 52-116; Stephanie Wood, "La evolución de la corporación indígena en la región del valle de Toluca, 1550-1810", en *Ibid*., pp. 117-142; Jacques Lafaye, *Quetzalcóatl y Guadalupe*, México, FCE, 1977; David A. Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, Secretaría de Educación Pública, 1973 (Sepsetentas); mismo autor, *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*, México, FCE, 1991.

control de recursos, su manejo subjetivo de las medidas impuestas por la sociedad dominante, su apropiación a los valores mismos de la sociedad "dominante" para sus propios fines, representan algunos de los elementos más destacados. Aunque sigue presente una preocupación notable en algunos historiadores por la bastardización o disolución de modalidades de vida y valores sociales de origen prehispánico, hay una nueva sensibilidad a la adaptabilidad, historicidad y tenacidad de las sociedades indígenas, así como de otros grupos étnicos supeditados.[23]

Es claro que en vez de ver a un indígena borrado de la faz de la historia, o sustituido en sentido cuasi-teleológico por mestizos y otros no-indígenas, hay una concepción más compleja de lo que ha significado ser indígena históricamente, y una disposición a abordar la occidentalización del indígena, e incluso contemplar la indigenización de lo occidental.[24] Por otra parte, es cada vez más evidente que la experiencia histórica indígena es netamente plural en su vivencia, no sólo en sus vertientes étnicas particulares, sino por comunidades, por oficios, por estrato social, por factores de mono o bilingüismo, etc.[25] Esta misma dinámica se ha subrayado para mestizos, mulatos y negros.[26]

Es cada vez más marcada la tendencia a rehuir una concepción monolítica de la sociedad colonial en prácticamente todas sus expresiones. Es particularmente importante, en este contexto, señalar la disociación que

[23] Es interesante en este sentido comparar la obra de Karen Spalding, *De indio a campesino. Cambios en la estructura social del Perú colonial*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1974, con la obra ya citada de Manuel Burga. También Solange Alberro, "Imperativo centralista y contingencias locales: el caso del Santo Oficio de la Inquisición, 1571-1700", en *La ciudad y el campo en la historia de México*. Memoria de la VII Reunión... *op. cit.*, pp. 135-143; e *Inquisición y sociedad en México, 1571-1700*, México, FCE, 1988; Jonathan I. Israel, *Razas, clases sociales y vida política en el México colonial (1610-1670)*, México, FCE, 1980.

[24] Es interesante, en este contexto, la tensión que se nota a lo largo de la obra de Serge Gruzinski, "La memoria mutilada: construcción del pasado y mecanismo de la memoria en un grupo otomí de la mitad del siglo XVII", en *La memoria y el olvido. Segundo Simposio de Historia de las Mentalidades*, México, INAH, 1985, pp. 33-46; *La colonización de lo imaginario. Sociedades indígenas y occidentalización en el México español, siglos XVI-XVIII*, México, FCE, 1991; y *La guerra de las imágenes. De Cristóbal Colón a "Blade Runner" (1492-2019)*, México, FCE, 1994.

[25] Sobre la creciente variedad de la experiencia indígena, es de interés el artículo de William B. Taylor, "Amigos de sombrero: patrones de homicidio en el centro rural de Jalisco, 1784-1820", en Antonio Escobar O. (coord.), *Indio, nación, y comunidad en el México del siglo XIX*, México, CEMCA/CIESAS, 1993, pp. 63-103. También son reveladores los artículos de Eric Van Young, "Los ricos se vuelven más ricos y los pobres más pobres: salarios reales y estándares populares de vida a fines de la colonia en México"; y "Conflicto y solidaridad en la vida de los pueblos indios: la región de Guadalajara a fines del período colonial", en *La crisis del orden colonial. Estructura agraria y rebeliones populares de la Nueva España, 1750-1821*, México, Alianza, 1992, pp. 51-123 y 273-302.

[26] Jonathan I. Israel, *op. cit.*

se ha realizado entre la suerte de imperios o cacicazgos de diversas proporciones, y las poblaciones indígenas de América. Al deshacerse aquella visión en que la derrota de un "estado" podía tomarse como símbolo incluso de la descomposición de sus partes constitutivas, surgió un modelo de análisis que quizá podría llamarse "celular". En este sentido, los señoríos menores de un imperio, o incluso las partes constitutivas de dichas unidades, y así también los cacicazgos pre-imperiales o sus diversos pueblos, tendrían los elementos básicos para reconstituir dinámicas fundamentales de los patrones socio-culturales, políticos, religiosos, y económicos de una manera más o menos autónoma. Se da prioridad así, no sólo a la raigambre milenaria y por ende profundísima de las culturas y civilizaciones de América, sino a las fuentes históricas locales que ofrecen una óptica sobre su pervivencia y cotidianeidad durante todo el periodo colonial. Más allá de eso, se está reconociendo como nunca antes la capacidad de los indígenas, fragmentados en realidad entre numerosas etnias, de reconstituirse como una unidad caracterizada por su común oposición al español, aún con recurso a los poderosos resortes del imaginario popular.[27]

¿Pacto colonial o confrontación?

Sigue la disputa historiográfica sobre las rebeliones indígenas durante la colonia. Mientras era frecuente, durante mucho tiempo, hacer una contabilidad magnificada de las muchas rebeliones indígenas, y muchas veces sugerir su aparición casi indiscriminada a través de largos tiempos y espacios, ahora ha llamado más la atención la relativa tranquilidad de la época colonial y la virtual inexistencia de un ejército formal en la América ibérica. Pero sigue habiendo una notable diferenciación entre México y el Perú.

Para México, en el centro del territorio, funciona de un modo convincente la idea de un virtual "pacto" colonial desarrollado a través del tiempo. En esta visión, las presiones mutuas de conquistadores y conquistados, administradores y administrados, dieron lugar a un delicado equilibrio en que las pretensiones de gobernantes, cobradores del tributo, comerciantes, agricultores y otros españoles en las comunidades indígenas estaban regu-

[27] Aparte de las obras citadas en la nota 8, véase el estudio de Serge Gruzinski, "La memoria mutilada ...", *op. cit.* También es de interés consultar el artículo ya citado de Lockhart, "Charles Gibson y la etnohistoria ...".

ladas por la costumbre y por las expectativas cultivadas por los indígenas de lo que era un trato aceptable, si bien no ideal. Así, la defensa indígena de derechos tenía su mejor aliado en el *modus vivendi* heredado del pasado, al cual se podía apelar mediante el discurso, la ley, o incluso la fuerza. Las comunidades se ven como relativamente bien cohesionadas alrededor de un sistema de reproducción de vínculos de identidad, cuyo eje más notable eran las fiestas de los santos patrones. Para el Perú, por contraste, parece que hubo una marcada tendencia para que equilibrios de ese tipo se descompusieran y se reabriera un ciclo de violencia y búsqueda milenaria de la identidad, con un retorno a los buenos tiempos de antaño.[28]

La historia económica y los retos para su periodización

Mientras que los propósitos políticos, económicos y evangélicos de la conquista y la colonización habían favorecido una periodización que enfatizaba el papel del Estado, la economía y la Iglesia-institución, la tendencia actual es notablemente otra. El análisis histórico basado en las acciones de los dominadores, fuesen burócratas u hombres de fe, tendía indudablemente a confundir la intencionalidad política con una realidad más amplia. Sin embargo, leyes, escritos de religiosos, y cuentas fiscales reflejan no tanto la economía en su conjunto y su organización interna sino aquella parte de las actividades económicas que se prestaban al escrutinio de la burocracia o clero. Había, además claras rivalidades de intenciones, de grupos dominados e individuos que competían con lo que perseguían el Estado o la Iglesia. Había numerosas circunstancias imprevistas, desde desplomes demográficos indígenas hasta crisis económicas.[29] En muchos campos, la hegemonía deseada, no fue la hegemonía lograda.

[28] William Taylor presenta una interpretación sobresaliente en este sentido en *Embriaguez, homicidio y rebelión en las poblaciones coloniales mexicanas*, México, FCE, 1987; Steve Stern (comp.), *Resistencia, rebelión y conciencia campesina en los Andes, siglos XVIII al XX*, Lima, IEP, 1987, pp. 13-199. Para México, por otra parte, habría que contrastar el planteamiento de Taylor con los de Farriss y otros para Yucatán y el norte del territorio novohispano. Nancy M. Farriss, *La sociedad maya bajo el dominio colonial. La empresa colectiva de la supervivencia*, Madrid, Alianza Editorial, 1992; Alicia M. Barabas, *Utopías indias. Movimientos sociorelegiosos en México*, México, Grijalbo, 1989.

[29] Ha habido un avance importante en la historia demográfica de la época, cuyo impulso inicial se asocia con los nombres de Woodrow Borah y David Cook. Véanse Noble David Cook, *Demographic Collapse. Indian Peru, 1520-1620*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981; Linda Newson, "Indian Population Patterns in Colonial Spanish America", *LARR*, vol. xx, núm. 3, Albuquerque, University of New Mexico, 1985, pp. 41-74; David J. Robinson, *Studies in Spanish American Population History* (1981); Nicolás Sánchez-Albornoz, *The Population*

No debe sorprender que gran parte de la historia económica actual de América Latina colonial tiene que ver con medir los resultados frente a los propósitos. Esto ha requerido sopesar las legislaciones fallidas, medir las tendencias generales objetivas de la economía, establecer el contexto mayor de los intentos de reforma, y seguir con cuidado procesos hasta hace poco descuidados, como el endeudamiento agravado de los erarios de España y América.[30] Actualmente, hay un serio intento de re-periodización de la economía mexicana del siglo XVIII a partir de tales indicadores.[31] Mas un aspecto no menos significativo es el esfuerzo por introducir a los análisis de historia económica los sectores que podrían llamarse "informales", por motivo de hallarse fuera del marco de las instituciones económicas largamente estudiadas. Reaparecen aquí, en distinto contexto, indígenas, mestizos, mulatos y negros que tanto han interesado a la historia social.[32]

La dimensión política

No habría que terminar este pequeño esbozo de corrientes historiográficas, sin hacer mención de una discrepancia que se nota entre los que ven en el

of Latin America: A History, Berkeley, 1974; Carlos Sempat Assadourian, "El derrumbe de la población indígena y la formación del sistema de la economía colonial (examen de un modelo)", México, El Colegio de México/ MS, 1981.

[30] Nils Jacobsen and Hans-Jürgen Puhle (eds.), *The Economies of Mexico and Peru During the Late Colonial Period, 1760-1810*, Berlín, Coloquium Verlag, 1986, (Bibliotheca Ibero Americana, 34); Manuel Miño, "La política textil en México y Perú en la época colonial. Nuevas consideraciones", *Historia Mexicana*, vol. XXXVIII, núm. 2, octubre-diciembre, 1988, pp. 283-323; María Guadalupe Ordóñez y Chávez, "Lineamientos generales del trabajo libre asalariado de los indios en la Nueva España", en José Luis Soberanes Fernández (coord.), *Memoria del II Congreso de Historia del Derecho Mexicano*, México, UNAM, 1981, pp. 309-335. Véanse además, los estudios sobre endeudamiento del Estado español en Indias, en la Memoria del *Coloquio Internacional Iglesia, Estado y Economía, siglos* XVI-XIX, realizado en el Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, los días 29, 30 de junio y 1 de julio, 1994.

[31] John J. Tepaske y Herbert S. Klein, *The Royal Treasuries of the Spanish Empire in America*, Durham, N.C., Duke University Press, 1982; John Coatsworth, *Los orígenes del atraso, nueve ensayos de historia económica de México en los siglos* XVIII y XIX, México, Alianza, 1990; Nils Jacobsen y Hans-Jürgen Puhle (comps.), *op. cit.*, Pedro Pérez Herrero, "El crecimiento económico novohispano durante el siglo XVIII: una revisión", *Revista de Historia Económica*, vol. 7, núm 1, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1989, pp. 69-110; y su *Plata y libranzas, la articulación comercial del México borbónico*, México, El Colegio de México, 1988. Sobre el Perú, también los estudios de John Fisher, *Minas y mineros en el Perú colonial, 1776-1824*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1977, "Royalism, Regionalism and Rebelion in Colonial Peru, 1808-1815", *Hispanic American Historical Review*, vol. LV, núm. 1, 1975. Para nuevos planteamientos sobre el comercio entre España y sus colonias, John Fisher, *Relaciones Económicas entre España y América hasta la Independencia*, Madrid, Editorial Mapfre, 1992.

[32] Manuel Miño Grijalva, "Capital comercial y trabajo textil: tendencias generales de la protoindustria colonial latinoamericana", *Revista Latinoamericana de Historia Económica y Social*, núm. 9, pp. 59-79; "¿Proto-

siglo XVIII principalmente una política metropolitana que pretende reconquistar sus colonias en América, y los que contemplan al Siglo de las Luces en la óptica de una refundación de lo americano sobre las bases de una nueva cultura cívica. Si bien sigue habiendo mucho espacio para la discusión del grado de concreción de la nueva política y su correspondiente ética gubernamental, que debía unir a gobernantes y gobernados en una tarea común de reforma y crecimiento, vale la pena mencionar esta nueva tendencia.[33] Un libro reciente de William Taylor ofrece una visión única sobre esta dinámica, no sólo en cuanto a los propósitos del Estado español, sino en cuanto a su transmisión y su recepción al interior de las comunidades indígenas.[34] La importancia de este libro puede destacarse por su colocación de las comunidades indígenas en un mapa de acciones políticas donde lo que transcurre en la alta política imperial y entre sus representantes regionales en América, entra en contacto con la dinámica de las comunidades. La obra de David Brading también hace aportaciones dentro de esta óptica atinente a los cambios en la cultura cívica.[35]

Fronteras en movimiento: observaciones finales

Las fronteras verdaderas, casi siempre tienen prominentes antecedentes, y una de sus mayores riquezas es obligar a una nueva lectura —a muchos niveles— de los que nos han antecedido en el perenne reencuentro humano con su pretérito. En historia económica de la época colonial hace tiempo el paso a los análisis regionales y sectoriales auguraba ya la necesidad de

industria colonial?", *Historia Mexicana*, vol. XXXVII, núm. 4, abril-junio, 1989, pp. 793-818; *La protoindustria colonial hispanoamericana*, México, FCE/El Colegio de México, 1993; *Obrajes y tejedores de Nueva España, 1750-1810*, Madrid, 1988, pp. 19-99. De manera menos dramática, también tiene reflexiones que incide sobre esta dinámica Richard Salvucci, *Textiles y capitalismo en México. Una historia económica de los obrajes, 1539-1840*, México, Alianza, 1992. Además puede consultarse la obra de von Mentz, ya citada.

[33] Compárense David Brading, "El mercantilismo ibérico y el crecimiento económico en América Latina del siglo XVIII", en Enrique Florescano (comp.), *Ensayos sobre el desarrollo económico de México y de América Latina (1500-1975)*, México, FCE, 1979; Mark A. Burkholder y D. S. Chandler, *De la impotencia a la autoridad, la corona española en América 1687-1808*, México, FCE, 1984; Horst Pietschmann, "Consideraciones en torno al protoliberalismo, reformas borbónicas y revolución. La Nueva España en el último tercio del siglo XVIII", *Historia Mexicana*, vol. XLI, octubre-diciembre, 1991, núm. 2 (162), pp. 167-205.

[34] William B. Taylor, *Magistrates of the Sacred: Priests and Parishioners in Eighteenth-Century Mexico*, Stanford, Stanford University Press, 1996.

[35] David A. Brading, *Orbe indiano. De la...*, *op. cit.*; *Una Iglesia asediada: el obispado de Michoacán, 1749-1810*, México, FCE, 1994.

traspasar el nivel de las unidades productivas.[36] Asimismo, el debate sobre la naturaleza de la economía del siglo XVII, implicó el cuestionamiento de las estrecheces del análisis histórico-económico que se había efectuado hasta entonces, y llevó a la exigencia de una periodización económica atenta a las grandes transformaciones del conjunto.[37] Así se encaminaban los estudios económicos desde mediados de los setenta a espacios mayores, articulaciones más finas, y tendencias a más largo plazo, por encima del nivel individuo, la unidad productiva o la localidad, pero sin la pretensión de una tipificación única.

Haría falta agregar que la región y el siglo, o medio siglo, se han introducido como las modalidades de análisis razonablemente manejables. Toda la historiografía más reciente apunta en la misma dirección. Además, tanto la periodización económica como la no-económica se concibe en función de sus ciclos propios internos, y no sólo desde la perspectiva de directrices o cambios fijados en las metrópolis. A escala de América Latina, se asoma la necesidad de una tipificación de las diversas modalidades de colonia y colonización en los inmensos territorios dominados por los ibéricos en América.[38] La historiografía política ha continuado muy escasa mientras la historiografía cultural e intelectual, que ha sufrido diversos avatares, aún requiere de una reconceptualización plena de su tarea histórica ante el advenimiento de la historia de las mentalidades.[39] Si como hemos visto ésta se ha fincado en los grandes grupos de población así como en general hacia el comportamiento más "cálido" y menos racionalizado de los miembros de la sociedad, no cabe duda que la historia cultural e intelectual como se entendían antes, deben estar más atentas en adelante a la lucha entre lo formal y lo informal, la consiguiente transformación de las pautas de lega-

[36] Eric Van Young, *Hacienda and Market in Eighteenth-Century México: The Rural Economy of the Guadalajara Region, 1675-1820*. Berkeley, University of California Press, 1981; y "Urban Markets and Hinterland: Guadalajara and Its Region in the Eighteenth Century", *Hispanic American Historical Review*, vol. LIX, núm. 4, noviembre de 1979; Ramón María Serrera Contreras, "La región de Guadalajara en el Virreinato de la Nueva España (1760-1805): estudio de la actividad ganadera", tesis Doctoral, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1975.

[37] Compárense las obras de Woodrow Borah, *El siglo de la depresión en Nueva España*, México, Era, 1982, con las de Kenneth J. Andrien, *Crisis and Decline. The Viceroyalty of Peru in the Seventeenth Century*, Alburquerque, University of New Mexico, 1985; Peter Bakewell, *Minería y sociedad en el México colonial. Zacatecas (1546-1700)*, México, FCE, 1976; y John J. Tepaske y Herbert S. Klein, "The Seventeenth-Century crisis in New Spain: myth or reality", *Past and Present*, núm. 90, 1981.

[38] Un intento importante se da en James Lockhart and Stuart B. Schwartz, *Early Latin America. A History of colonial Spanish America and Brazil*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.

[39] Una digna excepción es el estudio de Jonathan I. Israel, *op. cit.*

lidad y conducta aceptable, al igual que a la conceptualización del pasado, presente y futuro entre las capas "dominantes" del periodo colonial.

Para terminar, es imprescindible que se haga un cotejo de las historiografías en diferentes latitudes de América Latina, precisando matices en temáticas e interpretaciones. Hace falta mucho trabajo en materia de periodización, para reflejar las grandes aportaciones de las últimas décadas. Parece necesario pensar en una periodización plural, con sus contradicciones y características tanto micro como macroanalíticas, con diferenciaciones sutiles por países o tipos de país o región. Ya Taylor ha insistido en lo indispensable de una mayor correlación entre temas, sugiriendo que es posible interrelacionar incluso los cambios a nivel imperial con la vivencia a nivel aldeano.[40] Indudablemente esto debe aumentar nuestra disposición de manejar la ambivalencia o las multivalencias en la comprensión de los procesos estudiados. Hemos de abordar sujetos históricos complejos, compuestos de múltiples niveles en su vivencia histórica. Los grandes procesos analizados deben nutrirse de, y no oscurecer, el nivel de lo individual, lo cotidiano, lo cálido, lo informal y lo supeditado. Éstos deben definir las fronteras y matizar el sentido de lo general, de lo dominante, y del delicado equilibrio entre lo continuo y lo discontinuo en la historia del periodo.

[40] William B. Taylor, "Between Global Process and Local Knowledge: An Inquiry into Early Latin American Social History, 1500-1900", en Olivier Zunz (ed.), *Reliving the Past: The Worlds of Social History*. Chapel Hill, N.C., University of North Carolina Press, 1985, pp. 115-190.